

LEO MATIZ

EL MURALISTA DE LA LENTE

A cien años de su nacimiento



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



CDMX
CIUDAD DE MÉXICO



Antiguo Colegio De
SAN ILDEFONSO

FUNDACIÓN
LeoMatiz



EMBAJADA DE
COLOMBIA EN
MÉXICO

Primera edición, 2017

Producción

Fundación Leo Matiz para el

Mandato Antiguo Colegio de San Ildefonso

Bertha Cea Echenique / Coordinación general

Evelyn Useda Miranda, Mariana Casanova Zamudio,
María Helena Rangel Guerrero / Concepto y producción
editorial

David Medina / Corrección de estilo

Teresa Peyret / © Diseño

Carlos A. Orendas / Asistente de diseño

A. Andrés Monroy / Preprensa

Fundación Leo Matiz

Alejandra Matiz/ Presidenta

Miguel Ángel Flórez Góngora / Coordinación editorial

Estefanny Esquivel Magdaleno / Investigación de acervo
documental

D.R. © 2017

Leo Matiz: el muralista de la lente

Fundación Leo Matiz

París no. 7, colonia del Carmen, delegación Coyoacán,

C.P. 04100, Ciudad de México

D.R. © de las fotografías, Alejandra Matiz

D.R. © de los textos, sus autores

Imagen de portada:

Leo Matiz (1917-1998), Leo Matiz en Chichén-Itzá,

México, 1941, Plata / gelatina, 9.9 x 11.5 cm, Acervo

Fundación Leo Matiz

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la
reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación,
sin la previa autorización por escrito de la Fundación
Leo Matiz.

ISBN en trámite

Impreso en México



Leo Matiz y su cámara Rolleiflex, Venezuela, 1950, Plata / gelatina, 9.6 x 10.9 cm, Acervo Fundación Leo Matiz

MENSAJE PARA LA EXPOSICIÓN *LEO MATIZ: EL MURALISTA DE LA LENTE*

La exposición *Leo Matiz: el muralista de la lente* muestra la trayectoria de un reportero gráfico que dejó una huella perdurable en la historia de la fotografía del siglo xx, tanto en América Latina como en el mundo. En el marco del Año Dual México-Colombia, el Antiguo Colegio de San Ildefonso y la Fundación Leo Matiz invitan al público a descubrir el universo creativo de este destacado fotógrafo colombiano en la conmemoración de los cien años de su nacimiento.

Nacido en Aracataca, Leo Matiz (1917-1998) se distinguió por la enorme versatilidad de su técnica, la originalidad de sus composiciones y la exploración de múltiples perspectivas dinámicas. Pero además del valor estético de su obra, su trabajo fungió como un punto de convergencia entre naciones, creadores y formas artísticas.

A partir de la década de los cuarenta del siglo pasado, que estuvo marcada por un creciente interés en la fotografía y una rica vida artística, social y cultural, Matiz encontró en México un terreno fértil para explorar su medio, plasmar su experiencia y, con ello, focalizar una perspectiva nueva sobre los intercambios culturales en distintas latitudes de América Latina.

La exposición *Leo Matiz: el muralista de la lente* es una oportunidad para descubrir el México de Agustín Lara, María Félix y Luis Buñuel, a través de la mirada del artista colombiano. Con más de 90 piezas que incluyen también dibujos, caricaturas y notas periodísticas, la exposición es un recorrido a través del cruce de culturas que ha ido entretejiendo nuestra historia.

Desde el Antiguo Colegio de San Ildefonso, cada imagen es también un vínculo. Este recinto universitario, antes sede de la Escuela Nacional Preparatoria, fue cuna del muralismo mexicano, y ha sido un bastión del arte y la cultura de la Ciudad de México desde que José Vasconcelos abrió sus puertas, en 1922, a un amplio grupo de pintores que construyeron una plástica en arquitectura y pintura.

Haciendo justicia a los espacios en los que se despliega, la exposición destaca la relación de Leo Matiz con el muralismo mexicano. Amigo de David Alfaro Siqueiros (1896-1974), Diego Rivera (1886-1957) y, muy en particular, de José Clemente Orozco (1883-1949), Matiz entabló un diálogo prolífico basado en la admiración mutua y la exploración estética.

Leo Matiz: el muralista de la lente plasma el cruce de miradas, de imágenes y de culturas. Con ello, fortalece los lazos entre dos naciones hermanas.

ENRIQUE GRAUE WIECHERS
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MARÍA CRISTINA GARCÍA CEPEDA
SECRETARIA DE CULTURA
DEL GOBIERNO FEDERAL

MIGUEL ÁNGEL MANCERA ESPINOSA
JEFE DE GOBIERNO DE
LA CIUDAD DE MÉXICO

PRESENTACIÓN

A principios del siglo xx, los ojos del mundo volvieron la mirada a México, y personalidades artísticas de distintas latitudes, se sumaron a las manifestaciones culturales nacidas durante este tormentoso periodo nacional.

Ya en el contexto posrevolucionario, en 1941 llegó al país, el fotógrafo colombiano Leo Matiz (1917-1998), quien además participó en este mismo año, en una muestra colectiva de artistas colombianos residentes en México, presentada en el Palacio de Bellas Artes e inaugurada por el poeta chileno Pablo Neruda.

La exposición, revelaba para ese momento la fuerza y la intensidad del intercambio cultural que compartían México y Colombia, representada en destacadas individualidades creadoras que, desde comienzos del siglo xx hasta la primera mitad del mismo, establecieron un diálogo fecundo y apasionado con los diversos movimientos artísticos que florecieron en tierras mexicanas y que tuvieron impactos determinantes en el imaginario colectivo del continente americano, y sobre los cuales aún buscamos extraer profundas lecciones históricas, sociales, estéticas, intelectuales y éticas.

De ahí que, la sorprendente y admirable vida y obra de Leo Matiz nos suscite hoy una seductora e inevitable cadena de inquietudes, orientadas a descifrar al fotógrafo errante y al enérgico cazador de imágenes artísticas, que dedicó varios años de su vida (1941-1947) a capturar la esencia de México, en la que encontró una realidad social digna de ser fotografiada; y en donde el muralismo, de forma paralela, se había establecido ya como un movimiento de vanguardia consolidado a nivel internacional. Fue entonces que Leo Matiz se vio seducido por esta corriente artística cuando, tras acudir al estudio de David Alfaro Siqueiros —para realizar un fotoreportaje— se encontró con la posibilidad de entablar un diálogo entre la fotografía y la pintura mural.

En esta confluencia, el ojo perceptivo del fotógrafo —guiado por la dirección de Siqueiros— fungió como herramienta para emitir “bocetos fotográficos” y proporcionar poses en instantáneas, modelos y composiciones que, al final, sumaron a la profundidad y al drama expresivo del poderío estético en la obra del muralista. Tanto el ambicioso proyecto mural de *Cuauhtémoc contra el mito*, como los tableros *Tormento de Cuauhtémoc* y *Cuauhtémoc redivivo* —que hallaron su recinto permanente en el Palacio de Bellas Artes— son resultado de esta colaboración y una muestra contundente de cómo éstas exploraciones transgresoras enriquecieron la escena plástica en la primera mitad del siglo pasado.

Leo Matiz, que osciló muchas veces en su vida entre momentos de angustia y exaltación, enfrentó en 1947 la dura lección de despedirse de México, después de un

amargo debate público con el pintor David Alfaro Siqueiros, para orientar su trabajo posteriormente, hacia travesías extenuantes por América Latina, el Medio Oriente y los Estados Unidos de América, con la realización de reportajes para las revistas *Life*, *Norte*, *Selecciones del Reader's Digest*, *Harper's Magazine* y *Look*.

Asimismo, es digno de destacar la relación entrañable que entabló con otro gran muralista mexicano, José Clemente Orozco, con quien compartió afinidades y de quién logró obtener retratos únicos. Nadie logró lo que Matiz con Orozco: imágenes que muestran al artista jalisciense alegre, sonriente y divertido. El fotógrafo consiguió la excepción, que las analogías estéticas dan entre dos creadores, el retrato de la figura del hombre más que el de la epopeya del mito, el del creador mortal y demasiado humano, como padre en compañía de su querido hijo o trabajando en el ambiente natural de su estudio.

Como señala Luis-Martín Lozano, en el libro *El México de Leo Matiz*, el fotógrafo “tenía un ángulo especial para mirar las cosas con su cámara, una mirada de artista que pronto le valió los mote de *ángulo Matiz* y *Camarita*”. Asimismo, sus contemporáneos le llamaban el *Diego Rivera colombiano*; debido a la composición, el encuadre y el rendimiento de la expresividad que lograba capturar de sus modelos, que no solo se desprendía de apretar el obturador, sino de una sensibilidad y una experiencia visual consolidada en Matiz.

Lo anterior se puede apreciar en los retratos realizados de los personajes rurales, del círculo de artistas de la época de oro del cine mexicano, e intelectuales, de los que Leo Matiz supo arrebatar la esencia misma de su interior. Además de las fotografías que conforman la serie del nacimiento del Paricutín, sus abstracciones realizadas después de su estancia en México, así como el juego de imágenes en el que repetidas veces el uso de la luz destaca como un elemento de narración.

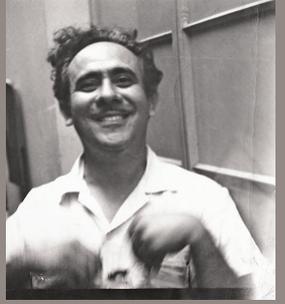
El Antiguo Colegio de San Ildefonso, el Museo del Palacio de Bellas Artes y la Fundación Leo Matiz, unen sus esfuerzos para llevar a cabo un proyecto en dos excepcionales sedes expositivas, que celebran los cien años del nacimiento de Leo Matiz (1917-2017), reportero gráfico y artista visual que logró capturar una gran memoria del mundo y posicionarse como un referente en el arte de la fotografía.

Leo Matiz: el muralista de la lente, se inserta de forma contundente en las actividades del Año Dual México-Colombia, para rendir homenaje al destacado hacedor de imágenes, cuyas obras representan un parteaguas en el ámbito cultural de ambas naciones.

BERTHA CEA ECHENIQUE
COORDINADORA EJECUTIVA
MANDATO ANTIGUO
COLEGIO DE SAN ILDEFONSO

MIGUEL FERNÁNDEZ FÉLIX
DIRECTOR
MUSEO DEL PALACIO
DE BELLAS ARTES

ALEJANDRA MATIZ
PRESIDENTA
FUNDACIÓN LEO MATIZ



Leo Matiz en Venezuela, 1950, Plata / gelatina, 16.2 x 53.6 cm, Acervo Fundación Leo Matiz

MI PADRE LEO MATIZ, BREVES MEMORIAS CONTRA EL OLVIDO

ALEJANDRA MATIZ

La Aracataca del siglo XXI es un pueblo inquieto y festivo. A veces pareciera que los ruidos que provienen de la calle, el sonido estridente del vallenato que retumba en los altoparlantes de las tiendas y las voces de los habitantes que se aglomeran en las esquinas, son un conjuro fragoroso y alegre de sus pobladores contra el calor y los años incontables de olvido oficial.

Lo que resulta curioso de este municipio situado al noroeste del departamento del Magdalena, y en donde los jóvenes y los niños representan el 60 por ciento de la población, es la de haber compensado sus carencias y necesidades materiales, acumuladas durante cientos de años, con el orgullo legendario de ser la cuna de uno de los fotógrafos más versátiles y singulares en la historia de la fotografía moderna en Colombia, y quien logró consolidar su obra artística de manera vertiginosa y genial, a través de la segunda mitad del siglo pasado.

Por ello, Aracataca es un lugar seguro en nuestra memoria y esa certeza fue la que nos impulsó a celebrar el pasado 1 de abril, junto con un grupo numeroso de amigos y cómplices, además de los niños, jóvenes y adultos de ese pueblo generoso, los cien años del natalicio de Leo Matiz (1917-1998) en su propio suelo, y bajo las extensas sombrillas de sus almendros y ceibas gigantes, en el que se gestaron los sueños insumisos de mi padre para embellecer la vida e inventarse a través del arte.

Con la seguridad que a veces ofrecen las intuiciones y los presentimientos, estoy segura que Leo Matiz celebró también ruidosamente junto con nosotros en Aracataca la fiesta inaplazable de su permanencia en el tiempo, desde cualquiera de los mundos que se encuentre habitando y desde el cual mantiene ese impulso vigoroso suyo por no detenerse, sólo para entregarnos eternamente en sus imágenes poderosas y memorables el ciclo continuo e incesante de la vida y la muerte.

Igualmente, sobre los gestos de recompensa y de tributo por su mirada excepcional que se han expresado sobre Leo Matiz en el marco de ésta conmemoración, quiero compartir las emotivas palabras que recibí en una carta fechada el pasado 26 de mayo de 2016 por parte del Presidente de la República de Colombia, Juan Manuel Santos y en la que expresa: “Este Homenaje —sin duda muy merecido— representa una valiosa oportunidad



Amparo, Alejandra y Leo Matiz, Caracas, Venezuela, 1955,
Plata / gelatina, 9.5 x 17.9 cm, Acervo Fundación Leo Matiz

para recordar el legado artístico de ese gran fotógrafo, viajero y hombre universal, que fue su padre”, y agrega: “hace casi ochenta años, mi abuelo, Enrique Santos Montejo, advirtió el talento singular del joven Leo, y este terminó convertido en un referente del periodismo gráfico, al punto que su cámara jugó un papel fundamental para entender el siglo xx. ¡Que justo por eso celebrar su vida y su obra!”

Y es eso justamente lo que celebramos con el centenario del natalicio de Leo Matiz: el legado universal de este artista visionario, considerado uno de los grandes fotógrafos del siglo xx y un creador épico que construyó una visión profundamente humana y conmo-

vedora de América Latina y del mundo, que se abrió camino a través del tiempo y que hoy nos enfrenta de nuevo al fragor de la historia moderna.

La sed de viajar y de conocer convirtió a Leo Matiz en un fotógrafo incansable que saltaba del desierto mexicano a la inhóspita selva brasileña, cazando imágenes para las portadas de las revistas *Reader's Digest*, *Look*, *Norte*, *Harper's Magazine*, *Life* y *Así*.

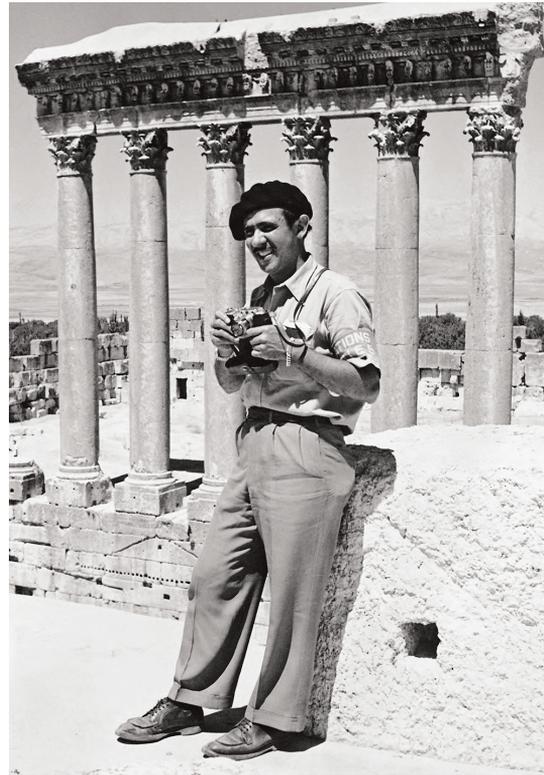
El estilo anárquico, libertario y frenético que se impuso a sí mismo para vivir, logró plasmarlo en sus propias imágenes, las cuales revelan la irresistible pasión de Leo Matiz por captar a través de la lente de su cámara los gestos de orgullo, altivez y la fuerza espiritual que fluyen de sus personajes populares, convirtiendo sus fotografías en una experiencia inolvidable de placer visual, originalidad y conocimiento. Como la gran mayoría de los fotógrafos de su generación, mi padre aprendió el arte de la reportería gráfica en el mundo desbordante y fragoroso de la calle, en los ánimos iracundos de las revueltas populares y en el espectáculo inagotable de la vida cotidiana.

El legado visual de Leo Matiz, conservado y divulgado por la Fundación que lleva su nombre, sigue hoy seduciendo a las nuevas generaciones que encuentran en sus imágenes en blanco y negro, el prodigio de instantes que pasaron inadvertidos para el común de los hombres y que, a través del ojo escrutador del fotógrafo, se convirtieron en íconos cargados de memoria, sabiduría e inteligencia en la cultura visual del siglo xx.

La promoción universal de su obra, labor a la que me he entregado de manera indeclinable y entusiasta durante más de cuatro décadas, le ha permitido a la Fundación Leo Matiz, abrir puertas en la tarea de recuperar y mostrar la obra fotográfica de

este creador nacido en el caribe colombiano, la cual representa una oportunidad extraordinaria para construir hacia el futuro las posibilidades de nuestra identidad y narrativa cultural como nación, la raíz más íntima y secreta de nuestra memoria.

Mi padre Leo Matiz, al tener que salir en forma abrupta de México en 1947, publicó en la revista *América* un artículo titulado “Ni chantaje, ni mentira”, en respuesta al pintor David Alfaro Siqueiros, en el que se despide de modo entrañable de este país y confiesa: “... me voy de México y sólo me llevo lo que es inajenable: el paisaje, la luz, los hombres, los monumentos, la vida misma, captados con la lente maravillosa de mi cámara y grabados en mi mente porque soy un enamorado y un agradecido de México y porque esta tierra ha sido para mí una gran escuela. Me llevo también, la amistad de un mexicano, un gran mexicano, José Clemente Orozco”.



Leo Matiz en Beirut, Líbano, 1949, Plata / gelatina,
12.5 x 20.1 cm, Acervo Fundación Leo Matiz



JOSÉ CLEMENTE OROZCO PRESENTIDO POR LEO MATIZ

ERNESTO LUMBRERAS

EL MURALISTA FRENTE AL CABALLETE

En plano picado y en extraordinaria perspectiva, el ojo de Leo Matiz nos adentra en el taller de José Clemente Orozco. El autorretrato al temple que se encuentra en el caballete está fechado en 1943 y servirá de portada para el catálogo de la exposición en el Palacio de Bellas Artes de 1979 bajo la curaduría de Fernando Gamboa. Después del estudio que tuvo en la calle Madrid de Coyoacán, y de otro que montaría en la avenida Álvaro Obregón, el pintor construyó a su gusto y necesidad una casa-estudio en la calle Ignacio Mariscal número 132, por el rumbo del monumento a la Revolución. En esa casa estrecha y alta, de tres pisos, el artista concibió su espacio fabril, amplio y austero de muros blancos, con grandes ventanas laterales y un generoso tragaluz: aduanas siempre abiertas a la luz sobria y lúcida del Anáhuac. De finales de 1941 hasta el día de su muerte en septiembre de 1949, Orozco y su familia habitaron esta morada donde el muralista organizaría sus últimos asedios pictóricos, una etapa de examen, renovación y búsqueda en su lenguaje artístico y en sus temas cardinales.

En esa misma toma, poco frecuente en la iconografía oroquiana, el fotógrafo colombiano, que sabía trabajar con actores y visualizar un conjunto escenográfico, nos coloca en una situación de privilegio al observar con detalle y en confianza el ámbito del pintor. Allí vemos, en el piso de duela y en un caballete, otras piezas significativas del periodo: *La Cantina* (1941), *Crucifixión* (1942) y *El Gólgota* (1942). Las otras fotografías de Matiz en el estudio del muralista continúan la narrativa íntima y minuciosa de un José Clemente Orozco que sabe moverse, posar y dialogar con el lente de la cámara. En una muy ordenada mesa de trabajo, de camisa blanca, corbata y pantalón de casimir, el pintor revuelve polvos de color sobre la plancha de mármol donde se apoya el trágico muñón izquierdo. En otro momento y en una toma de contrapicado, el fotógrafo nos propone un juego de espejos entre el pintor y su autorretrato: dos Orozcos y una sola seriedad a prueba de bromas y sarcasmos.

Deduzco, por la idéntica corbata a rayas del mexicano, que el reportaje gráfico que Matiz publicaría en la revista *Así* (septiembre de 1943) en torno



Leo Matiz con José Clemente Orozco, México, 1943, Plata / gelatina, 20.6 x 25.3 cm, Acervo Fundación Leo Matiz

del mural *Apocalipsis* que pintaba en el Templo de Jesús Nazareno, inició justamente en la casa-taller con las instantáneas comentadas. Tras de esa sesión, muy probablemente tomarían un taxi, el fotógrafo y su modelo, para dirigirse a los andamios en el interior de la iglesia, capilla durante varios siglos del Hospital de Jesús fundado por Hernán Cortés. Por otras fotografías donde se mira a Orozco y a Matiz, sentados en un sofá o conversando, se deduce una cercanía y, por qué no decirlo, un afecto. La infancia humilde y campirana, el tesón y la audacia del nacido en Aracataca en 1917 por abrirse camino en condiciones siempre adversas, atrajo y sedujo el interés del pintor; además, los dos fueron en sus orígenes —primeros pasos entre el arte y el periodismo— caricaturistas respetados y temidos por las clases políticas de sus épocas y lugares respectivos. En el joven de 26 años se nota la confianza y la alegría, el desparpajo y la claridad de sus aspiraciones vitales y artísticas; en el prematuramente envejecido Orozco, con apenas 60 años, se percibe complicidad y cariño por lo que dice y muestra, libre de jactancia o de impostura, un Leo Matiz que iniciaría en México su camino de Damasco hacia la búsqueda del llamado vocacional.

FLASH-BACK: DOS AÑOS ANTES

En varias entrevistas, una y otra vez, Leo Matiz afirmaba haber llegado a México el día del asesinato de León Trotsky, el 21 de agosto de 1940.

En cierto modo, trataba de imponer un acento épico a su arribo al país soñado con la imaginación de artista intrépido y curioso. En realidad, un día antes del magnicidio del líder ruso, con apenas 23 años, había abandonado Colombia a bordo del vapor Santa Elena para llegar poco después a Panamá; desde la cintura del continente, el fotógrafo en ciernes recorrería por tierra prácticamente todos los países centroamericanos —como lo hizo en otra época su paisano Porfirio Barba Jacob— hasta llegar a la entonces “región más transparente del aire” un año después. En agosto de 1941, con la guerra en Europa y el avance triunfal de los países del Eje, México seguía siendo, como lo fue con la emigración de los republicanos españoles, un destino añorado por intelectuales y artistas de todo el orbe. La intensa bohemia y la muy diversa vida cultural de una Ciudad de México de dos millones de habitantes, pletórica de revista y periódicos, estaciones de radio y teatros, galerías y cafés, editoriales y librerías, recibió a un joven Matiz ávido de experiencias y aprendizajes, pero también, deseoso de poner a prueba su talento.

En el inicio de la década de los cuarenta el muralismo mexicano estaba ya en su etapa de institucionalización. Una nueva camada de artistas comenzó a cuestionar la vacua retórica plástica del movimiento, los tópicos de la Revolución entremezclados con la imaginería popular pintados *ad nauseam* por los seguidores de los llamados “Tres grandes del arte mural de México”. La Exposición Internacional del Surrealismo de 1940, preparada por Wolfgang Paalen y César Moro para la Galería de Arte Mexicano de Inés Amor, mostró otras rutas y otros referentes en la escena artística para los creadores de aquella época. En esa discusión y en esa encrucijada, Leo Matiz está definiendo qué hacer con su vida de mortal y qué aventuras tomar respecto del llamado artístico. ¿Apostará su genio a la pintura y al dibujo? ¿Se decantará por la caricatura o la fotografía?

A finales de 1941, José Clemente Orozco está terminando sus murales en la Suprema Corte de Justicia. En uno de los cuatro paneles del conjunto, el titulado *El movimiento social de los trabajadores*, el jalisciense traza una composición convulsa y dramática, figuras combativas y en tensión al lado de cuerpos desfallecidos o claudicantes. En clara alusión al crimen de Trotsky, un brazo rojo levanta un piolet —el arma que usó Ramón Mercader— mientras un rostro simiesco mira directamente al espectador. Tal vez para un reportaje cuya publicación no se concretó, Leo Matiz realizó varios registros de esta serie mural. La toma de este panel, con toda seguridad, tocó la fibra de su héroe político que anhelaba conocer y, desde luego, fotografiar. El contacto y conocimiento del muralismo mexicano —la vertiente